EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

El jartible oscuro

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo | bizzarro

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Julio Muñoz Gijón
@Rancio

El jardín oscuro

Ilustraciones
Cristina Dominguez Ruiz

el paseo, 2024

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

© Julio Muñoz Gijón, 2024
© de las ilustraciones: Cristina Dominguez Ruiz, 2024
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com
1ª edición: noviembre de 2024

El autor y la editorial quieren manifestar que todos los personajes, lugares y marcas comerciales que aparecen en esta novela, y sus secuelas, son ficticios y están mencionados en el marco de una ficción humorística sin ningún parecido con la realidad, con efectos de exageración y con la mejor intención posible y, en ningún caso, mediante contraprestación de ningún tipo.

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (sputnix.es)
Corrección: Alejandro Gago
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-51-9
DEPÓSITO LEGAL: SE-2332-2024
CÓDIGO THEMA: FU

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Dedicado a José Manuel G.T.,
al que conocí en Mairena,
para que siga enganchado a la lectura.

Y a Miguel Ángel,
por equilibrar un poco aquella locura.

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

UNO

Hace mucho calor en un naranjal de un chalet de la calle Ruiseñor, de Valencina de la Concepción. Unos cincuenta policías nacionales buscan algo removiendo la tierra seca.

El sol castiga.

Los policías llevan así todo el día, cavando con las mangas remangadas, las camisas están mojadas de sudor por la espalda y las axilas y las frentes brillan. Cada vez tienen menos confianza en encontrar nada. El terreno, casi en su totalidad, está entero revuelto.

En Sevilla es esa época del año en la que ya han pasado la Semana Santa y la Feria; aún no ha llegado el verano según el calendario, pero desde luego sí según los termómetros. Es una especie de tierra de nadie, una época rara en la ciudad: se disfruta la calle, pero con el freno de mano aún echado. De alguna manera, ya han pasado las dos grandes fechas y, además, domina ya un asfixiante sofoco que castiga a todos.

En resumen, todo el mundo suda en la ciudad.

Y más en este chalet de Valencina.

El inspector Villanueva, alto, atlético e impecablemente vestido, observa desde la sombra que da uno de los muros la escena junto a un señor mayor, que parece el dueño del terreno, y Jiménez, un policía raso, más bajo que él, con bastantes más kilos y que no para de secarse el sudor con un pañuelo de tela que lleva sus iniciales bordadas, A.J.

—Madre mía, qué calor más grande…

Villanueva lo mira con gesto de desaprobación, seguramente por quejarse mientras solo mira a compañeros

EDICIÓN EDITORIAL PROFESIONAL PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

que llevan horas trabajando sin descanso y, parece, que sin resultado.

El dueño del terreno, de unos ochenta y muchos años, asiente.

—La verdad es que estamos pasando más calor que un perro negro.

Villanueva se sobresalta al instante de escuchar la comparación del dueño del terreno.

—¡No, por Dios! Se lo pido por lo que más quiera, no le dé pie a mi compañero con comparaciones que nos podemos pegar aquí hasta mañana…

Al anciano el aviso le ilumina la cara, ver cavar a policías durante horas tampoco es lo más interesante y menos aún con ese calor. El calor, aunque no lo parezca, aburre.

—Pues por mí no se corte, que esto es como ver una obra, un ratito gusta, pero llevamos aquí ya todo el día. Suelte, compañero, suelte…

Jiménez parece tímido por el comentario de Villanueva.

—No sé yo si es buena idea… La verdad es que soy bastante pesado cuando cojo el hilo… Es que mire que en eso no tengo yo autocontrol, empiezo, empiezo…, y se nos va la atención de la búsqueda, que es a lo que hemos venido.

—Anda, hombre, si esta gente encuentra el botín escondido alguno dará una voz… aunque sea por irse ya. No hay que estar pendiente…

Jiménez se atreve.

—No hay que estar mirando más que un taxi libre, ¿no?

Villanueva se echa las manos a la cabeza con resignación. Jiménez lo interpreta como un gesto de «Adelante» y se ilusiona. Su tono de voz cambia por completo.

—Pues mire usted, si quiere comenzamos con calor por aquello de aprovechar el contexto en el que estamos, ¿no?

El hombre asiente divertido.

—Sí, sí, de calor son apropiadas ahora mismo, sí.

EDICIÓN EDITORIAL PROHIBIDA DISTRIBUCIÓN

—Bueno, pues hablaríamos de más calor que un *ninja* en una azotea, de más calor que en un Domingo de Ramos en El Cairo, de pasar más calor que Robocop en Écija…

El hombre mayor comienza a reírse y Jiménez lo entiende como un aliciente, es su vitamina, así que redobla el repertorio.

—Hablaríamos, sin duda, de más calor que a la sombra de una tanza, que detrás de un Tussam, que debajo de una pita, más calor que robando camellos…

El hombre comienza a atragantarse con la risa y se comienza a poner rojo. Jiménez sigue.

—Por no hablar ya del mundo que descubrimos si eliminamos nuestros límites mentales y nos quitamos de hablar de la calor. Porque ahí se abre un abanico de comparaciones como esto dura menos que un peo en una bolsa, tiene más cabeza que un azucarero antiguo, que un león peinado para atrás, que un gato macho. Tienes menos pelos que un azulejo, que un huevo duro, que una rodilla…

El hombre no puede parar de reír ante el arsenal de comparaciones que dispara Jiménez, está cada vez más rojo y tose más. Jiménez se pone en modo camarero.

—Pasados los entrantes, en nuestro menú, entraríamos con menos dientes que una paloma, más orejas que una revista de conejos, más nariz que el que hizo la mudanza de una óptica de un viaje…

De repente, Villanueva, que estaba escuchando sin mirar, pendiente de los policías que trabajaban, mira al hombre y lo ve practicamente morado, con la mano levantada como pidiendo ayuda y sin poder meter aire por la boca. Jiménez no lo mira porque está enfrascado en lo suyo.

—¡Jiménez, por Dios! ¡Que lo mata! ¡¿Pero no ve que se va a asfixiar!?

Pero Jiménez ya ha arrancado y no puede bajarse en marcha de un tren que viaja a toda velocidad.

EDICIÓN PROMOCIONAL PROHIBIDA SU VENTA

—Eso me recuerda al chiste de: ¿qué le dice una uva verde a una tinta? ¿No lo sabéis? ¡Respira! ¡RESPIRA!

El anciano oye el chiste y comienza a reír sobre la tos, sobre la asfixia, comienza a darse golpes en la pierna, se pone más morado aún y tose cada vez más.

La cara de Jiménez ahora ya si es de preocupación. Villanueva coge por detrás al anciano, lo levanta y en una maniobra muy rápida y con una técnica exquisita le contrae el diafragma y le libera la tos, y todo parece calmarse.

Los policías que cavaban han dejado de hacerlo y miran la escena, al ver que se ha solucionado, vuelven a la tarea con una pesadez pastosa.

El hombre mayor, por su parte, doblado, se recupera a duras penas. El color rojo de su cara se va desvaneciendo y, como puede, se seca las lágrimas de reírse mirando a Jiménez.

—Hijo puti, me dijo la Gallego que era usted gracioso, pero casi me mata. A ver si en vez de cavar para encontrar un botín van a tener que cavar para enterrarme, coño.

Jiménez se disculpa.

—Perdone, hombre. Si es que Villanueva tiene razón, como coja el hilo soy un peligro, y eso que no hemos empezado con los chistes. Se sabe usted el de los dos que meten un sofá en una casa…

Villanueva le interrumpe bruscamente.

—¡JIMÉNEZ, EL CHISTE DEL SOFÁ NI DE BROMA!

—Pero, hombre, si ese chiste es muy bueno, y no me deja contárselo a nadie, deme un horizonte.

Villanueva resopla y ve cómo los policías han parado de nuevo de cavar y los miran. Las caras no son muy amistosas.

Villanueva se recompone.

—Sigan, sigan, ya falta poco, tiene que estar ya a punto de aparecer el botín.

Intentando tranquilizarse, Villanueva mira a Jiménez y al dueño de la finca.

—Yo creo que no debemos olvidar que estamos aquí porque hay una informadora, la tal Gallego, que dice que vio cómo una banda de atracadores de banco enterró en sus tierras lo que parecía el botín de un robo.

Jiménez apostilla.

—Es un procedimiento habitual de estas bandan, lo roban, lo esconden mientras se busca y al tiempo lo recuperan. Ahora que para banda buena, Tres Caídas.

El anciano da la razón a Jiménez con un gesto.

—Sí, señor. Y Tejera.

El señor ahora mira a Villanueva.

—Y hombre, «lo enterró en sus tierras», tierras… tierras… Tierras tiene Espartaco, esto es una parcelita, ¿no?

Jiménez le sale al paso.

—No, hombre, está muy bien, lo que pasa es que esto tiene mucho trabajo, ¿verdad?

—Uy, no lo sabe usted bien… Antes podía yo solo, siempre araba yo porque es bueno mover la tierra para que se oxigene, luego pues ya puedes plantar tomates, pimientos, cebollas, anda que no me he comido yo picadillos de aquí…

Jiménez se queda pensativo tras escuchar al anciano.

—¿Y de qué conoce usted a la Gallego, por cierto?

El hombre parece caer en algo que lo incomoda. Da la sensación de que se ha dado cuenta de que ha dicho algo que no debía, que ha dado un paso en falso.

—¿Yo? Bueno, de muchos años, usted sabe, de *enreos*… La Gallego conoce a todo el mundo, siempre tiene un contacto, una idea…

Jiménez le mira con un ojo de sospecha.

—¿Alguna vez le buscó gente para que le arara el campo?

El hombre se incomoda aún más ante la pregunta.

—Eh…

—Baldomero, recuerde que somos policías y que mentir a un policía es caca.

EJEMPLAR PROMOCIONAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN